

Porcuna, Cástulo y la cuestión del supuesto carácter meseteño, indoeuropeo o céltico de su panoplia: el «armamento ibérico» como armamento ibérico.

FERNANDO QUESADA SANZ

EL CONJUNTO DE PORCUNA Y SUS ARMAS: TEORÍAS AL USO.

El conjunto de Porcuna ha dado lugar a diversos debates sobre el significado de sus escenas (heroico, histórico, mítico), su estilo («griego foceo» o no), su cronología (principios, mediados o finales del S. V a.C.) etc. En esta ocasión vamos a centrarnos sobre el conjunto de armas representado sobre las esculturas, que constituyen una de nuestras principales fuentes de información sobre el armamento ibérico de época antigua, anterior a la generalización de las armas propiamente dichas en las necrópolis posteriores del s. IV a.C.

Sobre esta panoplia se han defendido dos ideas relativas por un lado a su funcionalidad, y por otro a su origen. Por un lado, se ha sostenido que se trata de «un equipo ligero, que impone un tipo de lucha igualmente ágil» (Negueruela, 1990: 177), y se han realizado diversas comparaciones con hoplitas, peltastas y otros tipos de combatientes de la antigua Grecia. Por otro, se ha dicho explícitamente que se trata de una panoplia de carácter meseteño importada en el ámbito ibérico meridional (entre otros trabajos, A. BLANCO FREIJEIRO, 1987: 405 y sobre todo J. M. BLÁZQUEZ, M. P. GARCÍA-GELABERT, 1986-87).

No coincidimos con ninguna de estas posturas. En lo referente al carácter «ligero» o «pesado» del armamento representado en el conjunto de Porcuna, sostenemos que se trata de una completa panoplia, propia de guerreros aristocráticos y desde luego nada ligera ni propia de peltastas, aunque en todo caso no era el peso en protección metálica lo que distinguía en el mundo antiguo los tipos de combatiente. De todos modos, no desarrollaremos aquí por cuestiones de espacio esta idea, que requiere un trabajo independiente.

En cambio, vamos a examinar ahora con atención

la otra afirmación, referida al supuesto carácter «meseteño» del armamento de Porcuna.

Dicha idea ha sido defendida primero por A. Blanco (1987: 405-406) y por J. M. Blázquez y M. P. García-Gelabert, conjuntamente y por separado, en una larga serie de artículos (ver Bibliografía, en último lugar, GARCÍA-GELABERT, 1993: *passim*, espec. 110 ss.). Estos autores toman partido claramente por una de las opciones planteada en términos especulativos por Negueruela (1990: 178-180) y consideran «meseteñas» e incluso «celtas» no sólo las armas de Porcuna, sino armas reales y otros elementos aparecidos en las necrópolis de Cástulo. A partir de esta «celtización» del armamento de la región extraen otras conclusiones sobre la probable presencia de mercenarios celtíberos entre los Oretanos (que no está atestigüada por las fuentes clásicas, que sólo se refieren a los turdetanos en este sentido), para finalmente concluir que estos mercenarios controlaban zonas mineras en Sierra Morena (BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1992: 52; GARCÍA-GELABERT, 1993: 113-114).

Al menos la idea de que el armamento de Porcuna es de tipo céltico o celtibérico parece estar ganando cierta aceptación entre algunos investigadores, fiados en la categoría científica de sus defensores. Así, R. Corzo (1989:1 65) la acepta plenamente, y lo mismo hacen A. Lorrio (1993: 309) y F. Burillo (1993: 253). La reciente aparición de una fotografía del más famoso guerrero de Porcuna sin desmentir su presunto carácter celta en un artículo sobre los Celtíberos abunda en la confusión (en *i Celti*, ALMAGRO GORBEA, 1991: 404). Puesto que creemos que esta idea es demostrablemente errónea, pasaremos a resumir una por una las bases de la argumentación pro-meseteña para proceder a su análisis y crítica, argumento por argumento.

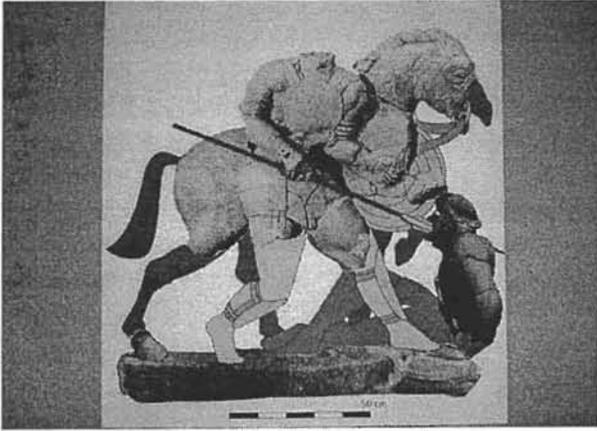


Figura 1. Reconstrucción por ordenador de uno de los grupos del conjunto de Porcuna utilizando imágenes fotográficas combinadas (a partir de datos de Negueruela, 1990)

LA TEORÍA SOBRE EL CARÁCTER MESETEÑO DE ALGUNOS ELEMENTOS DE PANOPLIA Y LA PRESENCIA DE MERCENARIOS CELTÍBEROS EN ORETANIA.

Según J. M. Blázquez y M. P. García-Gelabert, en la zona de Cástulo, ciudad oretana, así como en Porcuna y en otros puntos de la Alta Andalucía, aparecen topónimos, antropónimos, cerámicas grafitadas, broches de cinturón, y armas (escudos, espadas, lanzas) de «origen o influencia indoeuropea o mejor dicho celta» (GARCÍA-GELABERT, 1993: 95). De opinión similar se manifestó A. Blanco (1987: 407 ss.

Las fuentes literarias, y la cuestión de topónimos y antropónimos son ampliamente discutidas en el trabajo más reciente de la serie, a cargo de M. P. García-Gelabert (1993 *passim*), así como la cuestión de las cerámicas grafitadas, más antiguas que el resto del material que venimos citando. En síntesis, la idea es que desde fases anteriores a la conformación del mundo ibérico hay en la Alta Andalucía numerosos grupos indoeuropeos que dejaron su huella en topónimos, y cuya presencia es abundantemente recogida en las fuentes clásicas. Como no pretendemos negar este hecho, bien documentado, no profundizaremos en la cuestión. En cambio, sostenemos que este argumento no implica necesariamente que el resto del desarrollo de la teoría de Blanco por un lado, y de Blázquez y García-Gelabert por otro, sea correcto.

ARGUMENTO 1: LOS BROCHES DE CINTURÓN DE PLACA DAMASQUINADOS

Cabré Aguiló (1937) sostuvo que los broches de

placa rectangular con damasquinados son originarios del Sur peninsular, para luego extenderse hacia la Meseta. Sin embargo, Pellicer (1961) y Blázquez y García-Gelabert, aún citando esta opinión (Blázquez, García-Gelabert, 1986-87: 412-413) pasan a considerar su representación en el conjunto de Porcuna (*ibidem*) o su presencia en la tumba IX del Estacar de Robarinas (BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1992: 51-52; BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, ROVIRA, SANZ, 1986-87: 389-90; GARCÍA-GELABERT, BLÁZQUEZ, 1987-88: 267; GARCÍA-GELABERT, 1993: 114) como prueba de influencia meseteña. Al parecer, la razón básica estriba en la amplia dispersión de este tipo de broches en áreas meseteñas (BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1986-87: 413) y el aire «norteño» de su decoración (GARCÍA-GELABERT, 1993: 112-113).

Este argumento carece a nuestro juicio de base desde el momento en que este tipo de broches de placa rectangular son de origen ibérico meridional, y tienen una distribución equilibrada en Andalucía, Levante y Meseta que en todo caso prueba una difusión del tipo, como de otros muchos, hacia el interior celtibérico desde el perímetro (andaluz, levantino) ibérico. Ya J. Cabré (1937) postuló el origen ibérico de estos broches, y el completo catálogo que entonces publicaba desde luego apuntaba en esa dirección. Aunque con posterioridad se hayan descubierto nuevos ejemplares en la Meseta, también el ámbito ibérico sigue proporcionando piezas de este tipo; p. ej., y sin pretender ser exhaustivos, Cabecico del Tesoro, Sep. 243, 326, 518; Cigarralejo, Sep. 103; Mahora y Hoya de Santa Ana (Albacete) (ABÁSULO, SANZ GAMO, 1993: 56 ss.; Mediona (Penedés, Barcelona) (ROVIRA, SANMARTÍ, GALLART, 1983); Luna (Valencia); varios jiennenses que hemos podido estudiar en colección particular, y en los propios yacimientos andaluces de Estacar de Robarinas y Cerro de la Mora, si no suponemos que sean celtibéricos.

A Cabré siguieron Maluquer y Taracena en los años cincuenta (MALUQUER, TARACENA, 1954: 117-118). Más adelante, también Cuadrado (1977) ha insistido en fecha reciente en el carácter ibérico de este tipo de broches de un garfio y placa decorada. M. L. Cerdeño (1988), experta en este tipo de objetos, también considera como ibérico este tipo en concreto (1988: 111, 113). En consecuencia, estos broches no pueden ser considerados como argumento en favor del celtismo o carácter meseteño de las figuras de Porcuna, o de sus poseedores en sepulturas.

ARGUMENTO 2: LAS ARMAS REPRESENTADAS EN EL CONJUNTO DE PORCUNA

A. Blanco comentó en su momento que «Nuestra perplejidad no sería tan grande si el conjunto de Porcuna hubiera aparecido al norte de Sierra Morena, donde si no todos, gran parte de sus elementos arqueológicos —las armas y pertrechos de guerreros, sobre todo— parecerían más en su casa (BLANCO, 1987: 405-406). J. M. Blázquez y M. P. García-Gelabert han dedicado un trabajo específico a tratar de probar las connotaciones meseteñas de la panoplia plasmada en las esculturas de Porcuna (1986-87 *passim*). A manera de hipótesis se propone que el conjunto representaría a «celtíberos (...) mercenarios bajo el mando del reyezuelo propietario del supuesto *heroon*. Sean ciertas o no estas hipótesis, de lo que no cabe duda es que las armas y parte del ropaje, adornos fundamentalmente (...) son la plasmación de los usados por los pueblos de la Meseta, hecho que nos lo confirma de manera rotunda la arqueología... (BLÁZQUEZ Y GARCÍA-GELABERT, 1986-87, la cursiva es nuestra). Para demostrarlo, acuden a las connotaciones y paralelos meseteños de objetos como los broches de cinturón de placa, aún reconociendo su origen meridional (p. 413), de la *caetra* circular, aún reconociendo con J. Cabré que el escudo circular era propio de todos los pueblos de la Edad del Hierro peninsular (p. 413-414); los discos-coraza o fáleras (p. 416), y los puñales de frontón (p. 416). La exposición está llena de paralelos de las excavaciones de las necrópolis meseteñas excavadas por el marqués de Cerralbo, Cabré y Taracena sobre todo. No se hacen en cambio referencias a los hallazgos de objetos de esos mismos tipos en yacimientos ibéricos andaluces o del Sureste. Incluso el hecho de que un guerrero aparezca desmontado y combatiendo a pie es utilizado como indicio de celtiberismo a partir de la cita de Polibio (3, 115) (GARCÍA-GELABERT, 1993: 117). En los últimos trabajos se recoge la presencia de cascos de tipo jonio y de falcatas en Porcuna (GARCÍA-GELABERT, 1994: 206-207), pero sin extraer de ello consecuencias de tipo cultural. Esta misma argumentación, más resumida, ha sido publicada en varios trabajos más: (BLÁZQUEZ, GONZÁLEZ NAVARRETE, 1985: 63; BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1990: 109; BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1992: 54-55; GARCÍA-GELABERT, BLÁZQUEZ, 1987-88: 261-264; GARCÍA-GELABERT 1993: 115 ss.; GARCÍA-GELABERT, 1994: 205 ss.).

Blanco, por su parte, y como decíamos al principio, utilizó argumentos similares referidos en especial a la aparición de discos-coraza en la Meseta (1987: 432-437). También se refiere al carácter meseteño de la espada de frontón (p. 439).

Sólo en una ocasión ha surgido un elemento diferente en la lectura habitual. En un trabajo de aparición reciente, M. P. García-Gelabert y J. M. Blázquez (1991) opinan que la espada de pomo arriñonado de un guerrero de Porcuna (GÓNZÁLEZ NAVARRETE, 1987: 67, n. cat. 8; Negueruela, 1990: núm. 5, pp. 71 ss.), que Negueruela había renunciado a identificar (NEGUERUELA, 1990: 174) tendría paralelos no en la Meseta, sino en Siria, en concreto en una escultura de Ain-el-Tal del s. IX a.C., y en otra de Tell Halaf algo posterior. Por tanto, para esta espada se propone una influencia fenicia (GARCÍA-GELABERT, BLÁZQUEZ, 1991: 152). Adelantaremos nuestra opinión: las piezas sirias son espadas de pomo lunulado, conocidas desde la Edad del Bronce, y remotos precedentes de la espada de frontón. Su relación con las armas de Porcuna es nula, salvo que pensemos en términos de la más distante relación genética (QUESADA, 1996).

La argumentación básica se reduce a un sólo dato: la distribución de objetos como el puñal y espadas de frontón y los discos coraza, supuestamente célticos. Sin embargo, los datos demuestran justamente lo contrario si abordamos un análisis detallado y actualizado de la distribución de ambas categorías de arma. Tanto los discos-coraza (KURTZ, 19; NEGUERUELA, 1990: 141 ss.; QUESADA, 1996) como las armas de frontón (figura 3) tienen una distribución notablemente

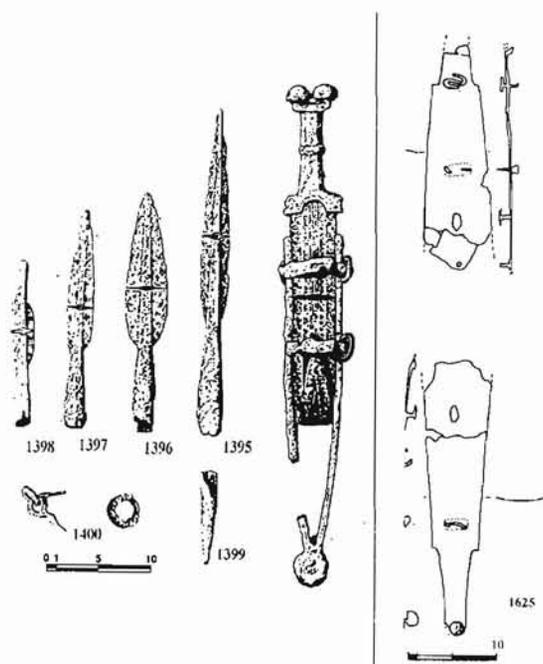


Figura 2. Izquierda: Armas de una (¿dos?) sepultura del Cerro de la Mora en Granada. Derecha: Manilla de escudo ibérica de gran tamaño de Los Torviscales (Fuente Tójar, Córdoba)

más densa (en número de piezas) y dispersa (en número de yacimientos) en áreas ibéricas que en las celtibéricas, y en fechas incluso más antiguas como demuestran las armas de este tipo del s. V a.C. de Los Villares (El mundo ibérico, 1995: 63). La figura 3 muestra este dato con claridad para las supuestamente «meseteña» espada de frontón.

Sin embargo, no haremos de la distribución conocida —que siempre puede ir modificándose— nuestro único contra-argumento. De mayor importancia nos parece constatar que, aunque los discos-coraza y armas de frontón de Iberia son inequívocamente peninsulares por su tipología, tienen unos prototipos originales que en los dos casos son inequívocamente mediterráneos. Esto ha sido ya defendido con rotundidad para los discos-coraza por W. Kurtz (1991: 187 ss.; 1985: *passim*), con quien han coincidido I. Negueruela (1990) y nosotros mismos (1996). Si los remotos precedentes de estos discos pueden estar en el Próximo Oriente (STARY, 1979), los más directos son itálicos, de donde procede la idea original. Junto con la de otra arma ibérica por excelencia, la falcata (QUESADA, 1991; KURTZ, 1991). En cambio, es imposible encontrar precedentes no mediterráneos para este tipo de armas en las regiones norpirenaicas en momentos inmediatamente anteriores a la configuración del mundo protoceltibérico.

Exactamente lo mismo con el otro tipo de arma citado por Blázquez y García-Gelabert: las espadas de frontón tienen sus remotos precedentes en las espadas de pomo lunulado de la Edad del Bronce del Mediterráneo Oriental (incluyendo el ámbito micénico), y otros más directos en las espadas de bronce de pomo triangular de tipo «Terní» de Italia desde el s. VIII a.C. en adelante. Probablemente no es casualidad en este sentido el hallazgo en Bétera (Valencia) de una espada itálica de este tipo (GIL FARRÉS, 1947-48). No podemos extender aquí nuestra explicación (QUESADA, 1996, para un desarrollo completo), pero sí recordar que incluso una autora poco sospechosa de «anticultismo» como M. E. Cabré reconocía en 1990 el carácter claramente ibérico y mediterráneo de las armas de frontón (CABRÉ, 1990: 210), así como su adopción ocasional y modificación en la Meseta.

En cuanto a los cascos, característicos no sólo de Porcuna sino de otros elementos de la cionografía ibérica como el famoso jinete de Mogente (Valencia), están ausentes en la Meseta, e I. Negueruela (1990: 129 ss.) ha probado satisfactoriamente su lejano origen jonio y la profunda modificación hispana, en lo que viene a

coincidir con Blanco (1987) e incluso Blázquez y García-Gelabert (1986-87).

Otros elementos de la panoplia de Porcuna, como las varias falcatas e incluso los escudos circulares, característicos de *toda* la Península, pueden clasificarse como genuinamente ibéricos (la falcata) o generalizados (el escudo redondo empuñado)

En consecuencia, nada hay en Porcuna de carácter «meseteño», y si mucho de «ibérico antiguo», de indudable carácter local pero raíces mediterráneas. Las razones por las que en la conciencia colectiva se ha introducido la idea de que es la Meseta el principal foco productor de armas de la Edad del Hierro tiene que ver, como se detallará más adelante, con las grandes excavaciones de la Meseta de principios de siglo, sin correlato posible en el ámbito ibérico en lo referente al número de armas halladas, y con el impacto de la excelente obra de Schule de 1969 sobre la Meseta en la Edad del Hierro.

Es cierto que la panoplia ibérica de Porcuna comparte elementos con la más antigua panoplia celtibérica (representada por ejemplo en Alpanseque o Aguilar de Anguita), *pero ello es porque en estos momentos iniciales del s. V a.C. hay una cierta homogeneidad armamentística* en ambas regiones, basada en pesadas lanzas y armamento defensivo de bronce, que luego se perderá (Ver QUESADA, 1995: Cuadro pp. 164-165 y pp.167-168).

ARGUMENTO 3. EL MONUMENTO DE OSUNA

Blázquez, García-Gelabert (1992: 53) y García-Gelabert (1993: 114-115) utilizan como un dato más de la presencia de elementos meseteños en Andalucía la *caetra* y el *scutum* del monumento de Osuna (Sevilla). Recuerda esta última autora, apropiadamente, que es éste un monumento de época tardía, cuando los celtíberos eran a menudo empleados como auxiliares de los romanos. Como esto es así en efecto (LEÓN ALONSO, 1980; QUESADA, 1996 e.p.), no resulta relevante para una discusión centrada en los ss. V-IV a.C., y por tanto no entraremos a discutir una cuestión muy compleja pero diferente de la que nos ocupa.

ARGUMENTO 4. PRESENCIA DE ARMAS «MESETEÑAS» EN YACIMIENTOS ANDALUCES

a. *Estacar de Robarinas*. En esta necrópolis se halló la Tumba IX del momento (GARCÍA-GELABERT,

BLÁZQUEZ, 1988: 110 ss.), que contenía una espada de antenas atrofiadas de nuestro tipo IIIb («Illora» de M. E. Cabré), con vaina de armadura y placas decorativas; un broche de placa rectangular y su hembra, un cuchillo afalcado de hierro, una manilla de escudo de aletas de tipo ibérico, una punta de lanza corta y un regatón, una fíbula anular hispánica de bronce, una fusayola decorada con puntos; fragmentos fundidos de bronce y plomo, y trozos inidentificables de metal. Además, fragmentos de diversos vasos de cerámica ibérica y ática, incluyendo una copa Cástulo, cílicas y escifos de figuras Rojas. El conjunto está bien datado en el segundo cuarto del s. IV a.C. El cuchillo afalcado, un utensilio —no arma— de pequeño tamaño, es en algunas ocasiones descrito como «puñal» (por ej. BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1991: 43).

Para sus excavadores «El ajuar, o parte del mismo (...) es característico de un soldado procedente de la Meseta, que en el transcurso de su vida hubiera acumulado honores guerreros y botín (...) el contenido del ajuar denota una persona de cierta posición social». No creemos que estas armas fueran adquiridas mediante trueque a los mercaderes del centro peninsular (...) antes bien responden al equipo, muy homogéneo, de una persona con una concepción estética y utilitario muy diferente al del resto de los guerreros enterrados en Robarinas [sic]. (GARCÍA-GELABERT, BLÁZQUEZ, 1988: 241-242). En este trabajo, como en otros, se considera esta tumba de guerrero como la única de un mercenario celtibero, que se aparta del resto de las tumbas cuya panoplia sería más «ibérica» (p. Ej. GARCÍA-GELABERT, BLÁZQUEZ, 1989: 112). Estas otras tumbas «de guerrero» se reducen a

dos, la XV y la XVIII (BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1991: 43), cuyo iberismo se define sobre todo por la presencia de sendas falcatas.

Esta idea de un mercenario meseteño, basada en la presencia de la espada recta de antenas y la placa de cinturón, ambos damasquinados en plata, ha sido sostenida a continuación por dichos autores hasta la actualidad sin argumentos sustanciales nuevos (BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1991: 43 ss. y especialmente p. 47; BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1992: 51-52; GARCÍA-GELABERT, 1990: 353; GARCÍA-GELABERT, 1993: 113).

Ya hemos visto cómo las placas de cinturón damasquinadas difícilmente pueden ser empleadas como argumento de «celtismo». En cuanto al resto de los materiales de la tumba IX, debemos recordar dos cosas. Por un lado, la presencia de una manilla de aletas desarrolladas de tipo inequívocamente ibérico, casi ausente en la Meseta, donde sólo aparece aisladamente en La Osera y algún punto más. Nada se dice de este arma, tan ibérica como la falcata, que sin embargo apunta hacia el Sur. La punta de lanza y regatón, la fíbula anular (no de tipo de La Tène), los fragmentos de cerámica... son todos materiales para los que no es necesario buscar paralelos meseteños. Sólo nos queda pues la espada de antenas en todo el ajuar para proponer un origen meseteño de su propietario. No hay duda, en efecto, que este tipo de espadas son características de la Meseta, pero ello no implica que su ocasional hallazgo en tumbas del área ibérica implique un mercenario. Por un lado, según esa línea argumentativa, cualquier tumba celtibérica con una falcata (por ejemplo en la Soera o en Quintanas de Gormaz), o con manilla de escudo de aletas, debería ser considerada la tumba de un guerrero ibero muerto en la Meseta. Por otro lado, se ha defendido recientemente (M. E. CABRÉ, 1990: 207-208) la presencia de artesanos de raigambre celta establecidos en Sierra Morena que producirían localmente —con efímero éxito— espadas de antenas (de su tipo «Illora») en el Sur. Esta interpretación es tan aceptable o más que la idea del mercenario, y además encaja bien con lo que por las fuentes sabemos de la presencia de elementos célticos en la Alta Andalucía.

Sea como fuere, de la presencia de una espada de antenas no se deduce necesariamente la de un mercenario celtibero de muy alto rango enterrado en un cementerio ibérico —cosa por otro lado dudosa— desde el punto de vista antropológico. Hay otras explicaciones

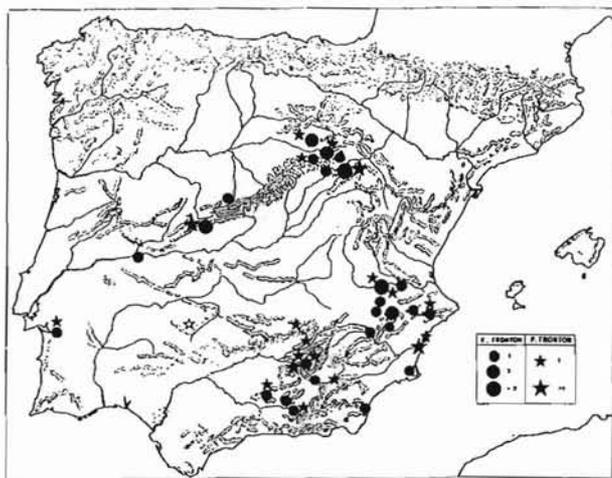


Figura 3. Distribución peninsular de espadas y puñales de frontón

más sencillas (*non sunt multiplicanda entia sine necessitate*) que explican su presencia: producción local (CABRÉ DE MORÁN), comercio, botín capturado, y por último, en efecto, presencia de un jefe mercenario. En todo caso, la evidencia de la tumba IX de Robarinas no es en absoluto concluyente.

b. *Supuesta vaina metálica de falcata de Fuente Tójar*. Se recoge en varios trabajos (GARCÍA-GELABERT, BLÁZQUEZ, 1987-88: 269; BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1992: 52; GARCÍA-GELABERT 1993: 113) la existencia de dos vainas metálicas de falcata conservadas en el Museo de Fuente Tójar (cerca de Almedinilla, Córdoba), y procedente de la necrópolis cercana de Los Torviscales. La referencia es indirecta y viene tomada de un trabajo de D. Vaquerizo (1986: 44): «fundas de falcata en hierro con pasadores para la sujeción de una funda interior de cuero y abrazaderas exteriores para el alojamiento de pequeños cuchillos afalcatados». Para García-Gelabert, y Blázquez «ello está indicando, como en Cástulo, influencias de la Meseta» (1987-88: 269). Aunque no se hace explícito, entendemos que la razón debe estar en que en el ámbito ibérico las vainas son de cuero con armadura metálica, mientras que en la Meseta hay algunas vainas por completo recubiertas de placas metálicas decoradas. La presencia de este objeto se interpreta, como en el caso de Estacar de Robarinas, como rastro de la presencia de mercenarios ibéricos en la zona dedicados a controlar el comercio de metales explotados en Sierra Morena (vid. *infra*).

Por lo que se refiere a este nuevo supuesto elemento meseteño sólo podemos decir que no hay tal. Un examen personal nos ha permitido comprobar que se trata de manillas de escudo ibéricas de aletas de gran tamaño dobladas en «U»; la figura 2 (derecha) disipa cualquier duda al respecto. Los «pasadores para sujeción de una funda de cuero» son en realidad los clavos que sujetaban la manilla al alma del escudo, y las «abrazaderas para los cuchillos afalcatados» (¿uno al exterior y otro al interior, pegado a la pierna?) son la sujeción de las anillas del tahalí o telamon mediante el que se colgaba el escudo del cuello. La ligera curvatura de la chapa es la habitual en los escudos ibéricos. Además, no conocemos ni un solo caso de vaina metálica enteriza de falcata, ni en Andalucía, ni en Levante, ni en la Meseta. Las únicas vainas metálicas son las de las Espadas de La Tène, y las de los puñales de tipo Miraveche. En la Meseta y en el hallazgo del Cerro de la Mora (Granada) hay, además, algunas vainas metáli-

cas formadas por diversas chapas, o incluso alguna enteriza, en espadas de antenas y puñales de frontón tardíos, pero nunca vainas de falcata de ese tipo.

c. *Un dudoso «enterramiento posthallstático» en Granada*. En 1961 M. Pellicer publicó las armas de una tumba del Cerro de la Mora en Granada (PELLICER, 1961) que por la presencia de una espada de hierro de pomo facetado de tipo IV (QUESADA, 1996), habitualmente llamado «Alcácer do Sab», así como una placa de cinturón muy parecida a la de Robarinas, consideró propia de un guerrero meseteño. De ahí su idea de que «Indudablemente este material pertenece a un enterramiento de una necrópolis de incineración de tipo posthallstático como las de la Meseta (occidente y sur de Soria y norte de Guadalajara) (PELLICER, 1961: 155). Todo ello pese a reconocer, por ejemplo, que «das placas de cinturón de este tipo son raras y los pocos ejemplares que existen se localizan principalmente en el Sur de España, Valencia y Cataluña». (*Ibidem*, p. 157, la cursiva es nuestra). Más adelante, Schüle recogió esta sepultura en su estudio sobre las culturas de la Meseta (1969: Taf. 82). La idea de Pellicer ha sido abundantemente recogida por García-Gelabert y Blázquez (1990: 90); Blázquez, García-Gelabert, Rovira, Sanz (1986-87: 389).

A esta teoría se le pueden aplicar las mismas consideraciones hechas a propósito de la espada de antenas del Estacar de Robarinas. Pero además conviene añadir algo sobre las ideas expuestas por Pellicer. Su idea de que indudablemente el material tiene paralelos en Soria y Guadalajara es errónea a la luz de nuestros conocimientos actuales, porque la espada granadina no es «una espada de antenas», sino una espada de antenas de empuñadura facetada de tipo IV (o «Alcácer do Sab» en la inadecuada terminología usual). En las regiones del Alto Duero-Alto Tajo es posible encontrar espadas de los tipos I, II, III, V y VI (QUESADA, 1996), pero hoy por hoy no conocemos ninguna del tipo IV de empuñadura facetada. frente a las más de 25 de la Meseta Occidental, Lusitania y Andalucía. Si hay que buscar una procedencia meseteña, tendríamos que mirar a los castros abulenses, pero igualmente podríamos acudir a la zona de Alcácer do Sal, o, siguiendo la ley del mínimo esfuerzo, la zona de libra, Cástulo o Cádiz. En realidad, sobre la base del número de objetos, las armas de puño poligonal—incluyendo puñales—son más propias de la Alta Andalucía que de la región de Soria-Guadalajara o de Portugal. Sólo en La Osera (Ávila) hay más espadas de este tipo que en Andalucía o en la desembocadura del Tajo (figura

4), mientras que los puñales de este mismo tipo son claramente andaluces y no meseteños. Con ello queremos decir, primero, que este ajuar en absoluto procede de la Meseta Oriental, y en segundo lugar, que nada hay en él explícitamente meseteño: todos sus elementos aparecen en yacimientos del entorno cercano. Si hay que buscar una relación exterior, debe ser con el Oeste más que con el Norte. Eso nos llevaría a estudiar el problema del foco de producción de estas armas, que si nos basáramos sólo en el peso de la distribución sería andaluz para los puñales de puño facetado, y abulense para las espadas del mismo tipo. Esto plantea problemas, y necesitamos nuevos datos para llegar a una solución. Nosotros (QUESADA, 1996) hemos propuesto un posible foco andaluz (Quesada, 1996), idea quizá reforzada por la aparición de nuevos puñales de este tipo en Jaén y de otro en la necrópolis de Asta Regia (Cádiz). M. E. Cabré, I. Baquedano, por su lado, prefieren la interpretación tradicional que buscaría el foco de producción de estas piezas en la zona del bajo Tajo (CABRÉ, BAQUEDANO, 1991: 59).

ARGUMENTO 5: MERCENARIOS CELTÍBEROS EN ANDALUCÍA

El quinto argumento parte de la base de la existencia en las fuentes literarias de referencias a la utilización por parte de los turdetanos y «artesianos» de mercenarios celtíberos (al respecto, ver Santos Yanguas, Montero, 1982, y fundamentalmente, Livio 34, 17, 4, 34, 19 y Diodoro 25, 10). Este fenómeno se enmarca dentro del más general del mercenariado ibérico y celtibérico (Quesada, 1994 *passim* con bibliografía anterior y catálogo de referencias en las fuentes). Aunque no hay ninguna referencia directa al empleo de mercenarios meseteños por parte de oretanos o bastetanos, no tenemos inconveniente en que quizá también estos pueblos los emplearan, aunque no hay ninguna referencia en las fuentes a su supuesta falta de combatividad, como sí ocurre con los turdetanos (Livio, 34, 17). Esto mismo piensa García-Gelabert, para quien «probablemente también los oretanos contrataban mercenarios celtíberos» (GARCÍA-GELABERT, 1993: 111, la cursiva es nuestra). En consecuencia, Blázquez y García-Gelabert plantean que los mercenarios celtíberos son los dueños de las armas y broches de cinturón representados en Porcuna y hallados en Robarinas. Al plantearse la posible causa, la presencia de la «vaina de falcata» de Fuente Tójar, en la Subbética, les proporciona una respuesta: control de las rutas de transporte del metal explotado en Sierra

Morena (GARCÍA-GELABERT, BLÁZQUEZ, 1987-88: 270; GARCÍA-GELABERT, 1990: 353; GARCÍA-GELABERT, 1993: 113-114; BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1992: 52; GARCÍA-GELABERT, 1993: 112).

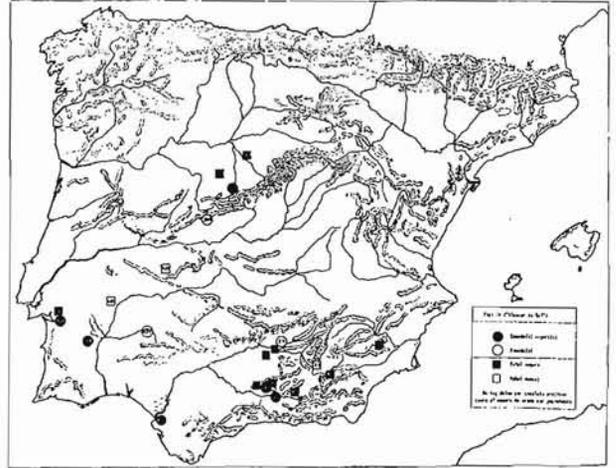


Figura 4. Distribución de espadas y puñales de puño facetado

En realidad, esta argumentación se sostiene sobre presupuestos endebles: la posible (pero no documentada explícitamente) presencia de mercenarios celtíberos entre los oretanos; el supuesto (y demostrablemente erróneo) carácter meseteño de las armas de Porcuna; la (inexistente) «vaina metálica» de Fuente Tójar y la (discutible) adscripción a un mercenario de la espada de Robarinas.

En efecto, la más completa descripción de esta hipótesis surge de la presencia en Fuente Tójar de lo que es en realidad una manilla de escudo ibérica y no una vaina metálica de falcata. Por otro lado, y en lo referente al control de vías, debemos añadir que Fuente Tójar está en un lugar alejado de cualquier vía importante de comunicación; sólo limita el acceso a un área secundaria, la Subbética Cordobesa (QUESADA, VAQUERIZO, 1990: 48, figura 3).

CONCLUSIÓN DE A. BLANCO Y J. M. BLÁZQUEZ Y M. P. GARCÍA-GELABERT

En síntesis, la opinión básica de estos autores es explícitamente la siguiente: «El armamento del sur y levante parece proceder en su mayoría de la Meseta, (...) pues en ella se habían logrado unas técnicas de fabricación de armas altamente perfeccionadas».

(BLÁZQUEZ, GARCÍA-GELABERT, 1992: 53; GARCÍA-GELABERT, 1993: 115). Esta es la misma idea básica suscrita por A. Blanco en su trabajo de 1987. Sin embargo, Blázquez y García-Gelabert van más allá: en Porcuna aparecen armas meseteñas igual que en las necrópolis, y ello se debe a la presencia de mercenarios celtíberos que ayudarían a controlar las rutas de transporte de la plata extraída en las minas de Sierra Morena.

ANÁLISIS CRÍTICO GLOBAL

Una de las afirmaciones más firmemente enraizadas en nuestra bibliografía científica es en efecto la idea de que buena parte de las armas que no sean falcatas y que aparezcan en necrópolis ibéricas, se deben a influjo «celta» o «meseteño». Esto se debe a varias razones, la fundamental de ellas historiográfica, lo que demuestra la importancia de estos estudios tan descuidados hasta hace poco.

Por un lado, el aparente desequilibrio entre la facilidad con que los pueblos andaluces y levantinos se sometieron a Cartago y Roma, frente a la tenaz resistencia de los pueblos del interior llevó a los propios autores antiguos (Livio, 34, 17) a creer que los pueblos de la fachada mediterránea eran «menos belicosos» que los de la Meseta. Por extensión, se ha dado por supuesto que buena parte de los elementos novedosos de panoplia serían de origen meseteño. Este no es en modo alguno el caso según hemos mostrado. Aún si los pueblos del interior hubieran sido «más belicosos» que los ibéricos (cualquiera que sea el significado de esa expresión carente de contenido real, porque los pueblos no son «belicosos en términos absolutos») eso no significa que su tecnología armamentística o su capacidad innovadora en el campo de las armas hubieran sido mayores; si cabe, el caso contrario es más habitual: los hunos eran «más belicosos» que los romanos imperiales, y no por ello su armamento era superior o más variado, sino todo lo contrario. Mantenemos que el ámbito ibérico tuvo tanto o mayor dinamismo que el meseteño en la producción armamentística, algo en lo que, viene a coincidir M. E. Cabré (1990: 224).

Por otro lado, el peso de la tradición científica ha creado lo que consideramos una suerte de «espejismo meseteño». Durante el primer cuarto del s. XX, mientras la arqueología de la Cultura Ibérica estaba todavía en su infancia, el trabajo infatigable del marqués de Cerralbo y J. Cabré Aguiló en las mesetas resultó en el

descubrimiento y excavación de docenas de necrópolis celtibéricas, cuyos ajuares proporcionaron un gran número de armas de hierro inusualmente bien conservadas. Estos hallazgos fueron a su vez cotejados con las fuentes literarias (ESTRABÓN, 3, 3, 6; DIODORO, 5, 33; ENNIO, FR. 238 SK.; FILÓN, *Mech. Syntax.* 4-5, etc.) que alababan la excelencia de las armas empleadas por los Celtíberos del s. II a.C. contra los romanos. En poco tiempo la panoplia celtibérica pasó a ser bastante bien conocida, hasta tal punto que el pionero trabajo de H. Sandars sobre las armas de los iberos (SANDARS, 1913) descansaba sobre estas piezas para completar el cuadro fragmentario proporcionado por la panoplia ibérica en sentido estricto, conocida sólo por excavaciones del s. XIX (p. ej. ALMEDINILLA, 1867). Así, la distinción entre armas «ibéricas» y «celtibéricas» se difuminó, y así ha permanecido durante mucho tiempo.

Estos éxitos iniciales fueron a largo plazo en detrimento del estudio de las armas peninsulares de la Edad del Hierro, puesto que el trabajo colosal de Cerralbo, los Cabré y otros llevó a asumir que las armas celtibéricas fueron el factor principal en el desarrollo de la panoplia ibérica (aunque la propia M. E. CABRÉ desde muy pronto previno contra tal tentación). Puesto que la «difusión» era el modelo teórico aceptado, se asumió que los Iberos copiaron muchos tipos de armas de sus belicosos vecinos del norte. De hecho, sólo la falcata fue aceptada como el arma «nacional» de los iberos, cosa que no es en absoluto (QUESADA, 1992: 129 ss.).

El hecho de que las excavaciones más o menos científicas en la Meseta se produjeran antes que las efectuadas en Andalucía o Levante llevó de manera gradual a una suerte de preeminencia conceptual de la panoplia Celtibérica sobre la Ibérica. El magnífico trabajo de Schule (1969) ha sido sin duda hasta comienzos de los ochenta el punto de referencia para el estudio de objetos de metal de la Edad del Hierro en la Meseta, cuando no existía un estudio comparable para las áreas ibéricas.

El que algunas de las armas conocidas de más antiguo y mejor conservadas procedan de la Meseta (sobre todo armas de frontón y discos-coraza) no debería oscurecer el hecho probado de que desde los años treinta este tipo de objetos ha sido descubierto en un número mucho mayor de yacimientos de la vertiente mediterránea de España, de que ahora superan en número a los de la Meseta, de que muchos son tan antiguos o más, y de que derivan de prototipos mediterráneos. Al ser esto así, el verdadero problema es tratar de comprender el modelo de interacción por el cual

las dos regiones llegaron a compartir ciertos tipos de arma (QUESADA, 1997).

En otro orden de cosas, en la idea de que la presencia ocasional de elementos meseteños en Andalucía (o el caso inverso) se deba a un fenómeno de «expansión indoeuropea», y de que «cultura y lengua suelen correr paralelas» (GARCÍA-GELABERT, 1993: 104) subyace una concepción de que lengua, etnia y cultura material van de la mano, y que de la presencia de determinados objetos ha de inferirse la de gentes y lengua. Este es un viejo debate teórico que no acaba de extinguirse, pero cuyos postulados han sido continuamente atacados en las últimas tres décadas como correspondientes a una concepción periclitada de la Historia.

Nada tenemos que objetar a la presencia de topónimos celtas en la Alta Andalucía, ni a las noticias de las fuentes, pero sí al dato concreto de que las armas ibéricas sean en su mayoría meseteñas, y a que la presencia ocasional de un tipo de probable procedencia meseteña haya de relacionarse con la presencia de un individuo de origen celtibero. El armamento ibérico ha de dejar de ser entendido desde la perspectiva del celtibérico, y comenzar a ser estudiado en sí mismo como armamento ibérico. Esto no quiere decir que debamos hacer oscilar por completo el péndulo y hablar sólo de «elementos mediterráneos», como si los Ibéricos se hubieran limitado a copiar modelos foráneos. Esto no es así; el armamento ibérico es propio, sus tipos son característicos y cuando tienen un prototipo —normalmente, eso sí, mediterráneo, aunque no siempre (véase el caso del *soliferreum*)—, las modificaciones son siempre tales que producen un arma virtualmente nueva. En este sentido la vitalidad de la mentalidad ibérica es incuestionable, idea en la que coinciden tanto Cabré de Morán (1990) como Kurtz (1994). Y en último extremo, si hemos de empeñarnos en definir una primacía de influencias, esta ha de ser en el sentido del mundo ibérico hacia la Meseta y no al revés (también CABRÉ, 1990: 222-223), como por otra parte ocurre con tantos otros elementos de cultura material como la cerámica.

BIBLIOGRAFÍA

TRABAJOS ESPECÍFICOS SOBRE EL CONJUNTO DE PORCUNA

- BLANCO FREIJEIRO, A. (1987): «Las esculturas de Porcuna. I, Estatuas de guerreros», *BRAH*, 184, 405-445.
- (1988): «Las esculturas de Porcuna. II, Hierofantes y cazadores», *BRAH*, 185, 1-27.
- (1988): «Las esculturas de Porcuna. III, Animalia», *BRAH*, 185, 205-234.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. A. (1980): «Las esculturas de Porcuna». En A. García y Bellido, *Arte Ibérico en España*, Madrid, pp. 73-78.
- BLÁZQUEZ, J. M., GARCÍA-GELABERT, M. P. (1986-87): «Connotaciones meseteñas en la panoplia y ornamentación plasmadas en las esculturas de Porcuna (Jaén)». Coloquio «La Edad de Hierro en la Meseta», en *Zephyrus*, 39-40m, pp. 411-418.
- BLÁZQUEZ, J. M., GONZÁLEZ NAVARRETE, J. A. (1988): «Arte griego en España, las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén)», *Goya*, 205-206, pp. 1-14
- (1985): «The Phocaian sculpture of Obulco ~ Southern Spain», *AJA*, 89.1, 61-69.
- (1985b): «Der Einfluss der griechischen Kunst des 5. und 4. Jh. v.C. auf die Kunst Turdetaniens (Südspanien)». *XIIIth International Congress of Classical Archaeology*, Athens, 1983, Vol. 1, pp.48-52.
- ESCULTURA (1990): *Escultura Ibérica en el Museo de Jaén*, Jaén.
- GARCÍA-GELABERT, M. P., BLÁZQUEZ, J. M. (1991): «Espada siria en mi guerrero de Obulco (Jaén, España)», *RivStFen*, 19.2, pp. 149-153.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. A. (1987): *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco, Porcuna (Jaén)*, Jaén.
- NEGUERUELA, I. (1989): «Monomachias de carácter helenizante en la escultura ibérica de Ipolca (Porcuna)», *Grecs et Ibères au I^{er} siècle av. J. C.*, Paris, pp. 319-338.
- (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*, Madrid.
- (1990-91): «Aspectos de la teórica escultórica ibérica en el s. V a.C.». *Lucentum*, 9-10, p. 77-83.
- PRADA, M. (1983): «Connotaciones grequizantes de la escultura de Porcuna dentro de la problemática de la escultura ibérica», *BAEAA*, 18, pp. 30-37.
- TRILLMICH, W. (1990): «Early Iberian Sculpture and 'Phocaean Colonization'». En J. P. Descoeudres (ed.) *Greek colonists and native populations*, Oxford, pp. 607-611.

OTROS ESTUDIOS CITADOS EN EL TEXTO

- ALMAGRO-GORBEA, M. (1991): «I Celti della penisola iberica». En *I Celti*. Catálogo de la Exposición, Milano, pp. 389-405.
- BLÁZQUEZ, J. M., GARCÍA-GELABERT, M. P. (1990): «Estudio del armamento prerromano en la Península Ibérica a través de las fuentes y de las representaciones plásticas», *Hispania Antiqua*, 14, pp. 91-115.
- (1991): «El armamento depositado en la necrópolis del Estacar de Robarinas (s. IV a.C.). Alta Andalucía», *Festschrift W. Schüle*, pp. 41-54.
- (1992): «Relaciones entre la Meseta y Oretaina», M. Almagro-Gorbea, G. Ruiz Zapatero (eds.) *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3, pp. 45-55.
- (1994): *Cástulo, ciudad ibero-romana*, Madrid.

- BLAZQUEZ, J. M., GARCIA-GELABERT, M. P., ROVIRA, S., SANZ, M. (1986-87): «Estudio de un broche de cinturón de la necrópolis de 'El Estacar de Robarinas' (Cástulo, Linares)», *Zephyrus*, 39-40, pp. 387-395.
- BURILLO MOZOTA, F. (1993): «Aproximación a la arqueología de los celtíberos», M. Almgro Gorbea, G. Ruiz Zapatero (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 223-253.
- CABRÉ AGUILO, J. (1937): «Decoraciones hispánicas II. Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata». *AespAA*, 13, pp. 93-126.
- CABRÉ DE MORÁN, M. E. (1990): «Espadas y pañales de las necrópolis celtibéricas», *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*, Zaragoza, pp. 205-224.
- CABRÉ DE MORÁN, M. E., BAQUEDANO, I. (1991): «La guerra y el armamento». En *Los Celtas en la Península Ibérica*. Número monográfico, Rev. de Arqueología, Madrid, pp. 58-71.
- CERDEÑO, M. L. (1988): «Los broches de cinturón». En F. Burillo (ed.). *Celtíberos*, pp. 110-114.
- CORZO, R. (1989): *Historia del Arte en Andalucía I. La Antigüedad*, Sevilla.
- CUADRADO, E. (1977): «Dos tipos de decoración damasquinada en las hebillas de cinturón ibéricas», *Rin. StLig*, 43, *Omaggio a N. Lamboglia*, I, pp. 233-244.
- GARCÍA-GELABERT, M. P. (1990): «Análisis comparativo entre los ritos de enterramiento de los pueblos celtíbero e ibero». F. Burillo (ed.) *Necrópolis Celtibéricas, II Simposio sobre los celtíberos*, Zaragoza, pp. 349-355.
- (1993): «Relaciones entre la Meseta y Oretania con anterioridad a la conquista de la Península Ibérica por Roma», *Hant*, 17, pp. 95-118.
- (1994): «Estudio del armamento prerromano peninsular a través de la escultura y del relieve», *Homenaje a J. M^a Blázquez*, Vol. II, pp. 201-226.
- GARCÍA-GELABERT, M. P., BLÁZQUEZ, J. M. (1987-88): «Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la Arqueología», *Habis*, 18-19, pp. 257-270.
- (1988) *Cástulo Jaén, España. I Excavaciones en la necrópolis ibérica del Estacar de Robarinas (s. IV a.C.)*, BAR International Series, 425, Oxford.
- (1989): «El armamento de las necrópolis ibéricas de la Alta Andalucía», *Historia* 16, 153, pp. 105-112.
- (1990): «Los broches de cinturón de las necrópolis oretanas de Cástulo», *Verdolay*, 2, pp. 87-90.
- GIL FARRÉS, O. (1947-48): «Espada protoetrusca y fragmento de otra en el Museo Arqueológico Nacional», *Ampurias*, 9-10, pp. 286-288.
- KURTZ, W. (1985): «La coraza metálica en la Europa protohistórica», *BAEAA*, 21, pp. 13-23.
- (1991): «Elementos etrusco-italicos en el armamento ibérico». J. Remesal, O. Musso (eds.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, pp. 187-195.
- (1994): Recensión a P. Stary (1994), *Zur Eisenzeitlichen Bewaffnung und Kampfweise auf der iberischen Halbinsel*, en *TP*, 51.2, pp. 200-203.
- LEÓN ALONSO, P. (1981): «Plástica ibérica e iberorromana», *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, Madrid, pp. 183-203).
- LUQUE, J. (1984): «Nuevos broches célticos (peninsulares) en Grecia y la cuestión de los primeros mercenarios ibéricos en el mediterráneo (en el siglo VI a.C.)». *AespA*, 57, pp. 3-12.
- LORRIO, A. (1993): «El armamento de los celtas hispanos», M. Almgro Gorbea, G. Ruiz Zapatero (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 285-326.
- MALUQUER, J., TARACENA, B. (1954): «Los Pueblos de la España Céltica», *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal*, I.***, Madrid, pp. 5-299.
- MUNDO IBÉRICO (1995): *El mundo ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000*, Albacete.
- PELLICER, M. (1961): «Un enterramiento post-hallstático en Granada», *VI CAN*, Oviedo 1959, Zaragoza, pp. 154-157.
- QUESADA SANZ, F. (1991): «En torno al origen y procedencia de la falcata ibérica». J. Remesal, O. Musso (eds.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, pp. 475-542.
- (1992): *Arma y símbolo: la falcata ibérica*, Alicante.
- (1994): «Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado», *D. Vaquerizo (ed.) Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*, Córdoba, pp. 191-246.
- (1995): «Las armas en la sociedad ibérica: diez preguntas fundamentales», en *Mundo Ibérico*, pp. 159-169.
- (1996 e.p.): *El armamento ibérico*, Madrid.
- (1997 e.p.): «Patterns of interaction: 'Celtic' and 'Iberian' weapons in Iron Age Spain», *10th International Congress of Celtic Studies*, vol. II, Edinburgh.
- QUESADA SANZ, F., VAQUERTZO, D. (1990): «Un proyecto de investigación arqueológica en Córdoba: Protohistoria y romanización en la Subbética cordobesa», *Anales de Arqueología Cordobesa*, I, pp. 7-52.
- ROVIRA, J., SANMARTÍ, E., GALLART, J. (1983): «La placa de cinturón en damasquinado de plata de Mediona (Alt Penedès, Barcelona)», *Homenaje a M. Almgro Basch*, II, pp. 421-428.
- SANDARS, H. (1913): «The weapons of the Iberians», *Acheologia*, 25, Oxford.
- SANTOS YANGUAS, N., MONTERO, M. P. (1982): «Los celtíberos, mercenarios de otras poblaciones ibéricas», *Celtiberia*, 63, pp. 5-16.
- SCHULE, W. (1969): *Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel*, I-II, Berlin.
- STARY, P. (1979): «Foreign elements in etruscan arms and armour, 8th to 3rd centuries BC», *PPS*, 45, pp. 179-206.
- VAQUERIZO, D. (1986): «La muerte en el mundo ibérico cordobés: la necrópolis de Los Torviscales (Fuente Tójar)», *Rev. de Arqueología*, 63, pp. 41-49.